



Una Historia Alternativa sobre el Pasado Prehispánico del Valle de Tafi.

Autores: *Manasse, Bárbara*

Dirección: bmanasse@uolsinetis.com.ar
Escuela de Arqueología – SECyT (UNCa)

Historia del Valle de Tafi

Cuando en 1543 los españoles, al mando de Diego de Rojas, pasaron por primera vez por el valle de Tafi, lo consideraron tan sólo como un territorio de paso hacia la llanura tucumana. Allí buscarían la “prometida” ciudad de los Césares, sumándose a la lista de expediciones españolas que partieron infructuosamente con el mismo objetivo. No hay referencias sobre lo que vieron en Tafi o con quienes se encontraron, por lo que se supone que no les fue muy mal.

Apenas diez años más tarde, sin embargo, en 1552, ya habían tomado dominio de su gente: los *tafies*. Esta primer encomienda queda a nombre de Juan de Guevara, quien tiene algunos inconvenientes con la misma pues parece que los indígenas se vuelven a sus pueblos en la sierra; por eso no es casual que el encomendero pida esas tierras en 1617 ¹.

De hecho, Melián de Leguisamo y Guevara, su yerno, logra apropiarse de las tierras del Valle aduciendo que éstas estaban “*vaças y despobladas*”; referencia ésta, contradictoria con la encomienda que en esos años se le otorga a la misma familia..., pero sumamente útil a la hora de sortear la legislación española vigente, que impedía que se otorgaran mercedes de tierras ocupadas por pueblos indígenas: Melián de Leguisamo y Guevara, vecino y Alférez real de la ciudad de San Miguel de Tucumán; hijo y nieto de los Capitanes Melián de Leguisamo y Juan Núñez Ladrón de Guevara pide se le haga merced.

¹ Agradezco a la Mag. Estela Noli el apoyo en la información sobre los datos etnohistóricos.

“como a persona de calidad y méritos, de unas tierras que están vacas y despobladas, diez u doce leguas de esta ciudad, que se llama el valle de Tafingasta, el cual dicho valle empieza dende un cerro que se llama Panaqcao, hacia otro que se llama Ampitahao, a lo largo que sean cinco leguas de esta manera, desde un cerro pelado que está en medio del valle, que se llama Ampuqcatao a mano izquierda legua y media y otra legua y media a mano derecha, con todas las angosturas y cañadas que tiene dicho valle a una y a otra, para tierras de pan llevar y estancias de ganados y caballerías y otro aprovechamientos que se me sigan...” Documentos Coloniales. S XVII Serie 1 Vol. 3 *El subrayado es mío.*

Bixio y Berberían (1988: 122) sostienen que, a) Melián de Leguisamo falsea los hechos porque conoce que la legislación vigente impedía que se otorgaran en merced tierras ocupadas por los indígenas; b) los aborígenes ya en esta fecha temprana habitaban las laderas de las sierras y por ello, la parte llana estaba efectivamente despoblada; o bien, c) efectivamente el valle había sido despoblado (traslado de indios, huidas, etc.). Consideran, al igual que lo que sostenemos más arriba, que esta última hipótesis sería la menos factible en función de la encomienda de indios tafíes que recibe paralelamente esta misma persona.

La historia del Tucumán y la propia del Valle rara vez mencionan estos pueblos indígenas; se los sintetizó en el apelativo Diaguita, Diaguito-Calchaquí o, Lules y Tonocotés.

“Estos pueblos instalados en el Valle y que se supone era diaguitas, debieron haber emigrado en la época de la entrada de lo españoles por la región. Los documentos de la época hablan de ‘tierras vacas y despobladas’. Los indígenas que posteriormente habitaron el valle durante la administración jesuita, desconocían las costumbres y supersticiones que al parecer habían sido propias de los primitivos pobladores de la zona.” Barbieri de Santamarina, 1945:18. El subrayado es mío.

En una aparente complicidad (aunque sea por omisión histórica) con Melián de Leguisamo y Guevara y los demás encomenderos, los datos parecen haberse construido de tal modo de servir a los intereses de los colonizadores y sus herederos.

La historia ha sido y es, aún en estos tiempos, un elemento primordial para la construcción de la identidad: ¿estaba o no poblado el Valle cuando éste es conocido por los españoles?

Ahora, el problema no se acota a esa ocupación prehispánica:

“... los indios tafíes históricos no habrían sido naturales de allí sino del llano...”, asegura Borda (1938: 19).

De hecho, Bixio y Berberían (1988), en uno libro de los más leídos para informarse sobre el pasado prehispánico del Valle, se apoyan en ciertas documentaciones para aseverar que *“estos naturales no eran originarios del Valle de Tafí, sino que habían sido trasladados desde la Provincia de Salí:*

‘...los dichos indios tafíes no son naturales del valle de Calchaquí ni iocavil sino de la Provincia de Salí donde estaban cuando fueron encomendados y son indios de servicio...’ (Secc. Adm. Vol. 1 70v.).

Bixio y Berberían, 1988: 113.

Tal vez, los etnohistoriadores tendrían que revisar la categoría geográfica “Provincia del Salí” y de los “valles de Calchaquí y Yocavil”...

Si no eran del Valle de Tafí, a la comunidad actual, en plena lucha por la reivindicación de derechos que consideran legítimos como herederos de las poblaciones nativas, poco le sirve ese fragmento de la historia. Antes más, es un argumento fuerte para la legitimación de las tierras por parte de los actuales terratenientes.

En el Valle de Tafí como en gran parte del NOA, consideramos que la arqueología puede constituirse en una herramienta de especial relevancia para aportar en la construcción de un pasado de sectores sociales sin acceso a los espacios tradicionales de producción intelectual; de aquellos que no son protagonistas con nombre y apellido de los libros de historia.

‘no se conocen con exactitud las modalidades de ocupación y uso del espacio del valle en estos [últimos] 500 años, ya que las investigaciones arqueológicas hasta hoy se han concentrado en la Etapa Formativa...’ Santillán de Andrés y Ricci, 1980.

Este desconocimiento sobre el último milenio de la ocupación - explotación humana del Valle colaboró, quizás en forma no – intencional, con los discursos históricos que otorgan derechos de apropiación de tierras a los españoles y sus descendientes.

Desde la arqueología y las investigaciones sociales que venimos efectuando ensayamos una historia alternativa, otra posible historia. Expondremos seguidamente un texto que refleja el resultado de nuestras investigaciones, pero en un lenguaje sencillo, tal como está siendo apropiado actualmente por algunos sectores sociales de rol fundamental en la multiplicación y producción del conocimiento.

Una Historia Alternativa.

En primer lugar hay que destacar que el Valle que se conoce hoy, no es el mismo que vieron, habitaron y disfrutaron los diferentes pueblos aborígenes que ocuparon estas regiones. Más allá de que deberíamos quitarle las viviendas y negocios o las vías de comunicación actuales, cosa que desde ya implica un gran cambio; o, lo que significaría quitarle las aguas al Dique de La Angostura, hay que pensar en que habría que reemplazar las especies animales y vegetales por aquellas autóctonas, que habría que modificar los cursos de ríos y arroyos, así como también habría que cubrir con tierra fértil varias lomas y faldeos hoy rasgados mortalmente por zanjones y cárcavas...

Las crónicas dan cuenta de que los españoles, en plena estación invernal, debían recoger los pies junto a la montura del caballo cuando recorrían el Valle, para no mojárselos con los altos pastos húmedos. Hoy, en invierno solo tenemos un extenso polvaderal... Existen referencias a contratos de internada para más de 5.000 cabezas de mulares; hoy, éstos se morirían de hambre en Tafi.

Fuera de estos cambios, producidos a partir del ingreso de los españoles en la región, también hubo alteraciones de carácter climático (los ancianos del valle dan cuenta de muchas de esas modificaciones). El descenso de unos cuantos grados de temperatura o el aumento en el porcentaje de humedad repercuten fuertemente en éstos ámbitos montañosos; si nó, pensemos en el día siguiente a una nevada, o cuando cayó granizo y agua nieve en las cumbres de los cerros que circundan el Valle...

Pero en estos casos estamos hablando de uno o dos días; si lo extendemos a varios años, vamos a entender cómo ello significó que se pueda o nó cultivar en los meses previos al verano y que se pueda confiar en la inexistencia de heladas de importancia hasta después de levantar las cosechas...

Es notable que las primeras evidencias de agricultores y pastores en el Valle coincidan con la aparición de un momento favorable desde el punto de vista climático: se presentan en un momento de clima relativamente frío pero, suficientemente húmedo para poder asegurar las cosechas. Antes de ello, y estoy hablando de unos 3.000 a 4.000 años atrás, no hay restos arqueológicos que denoten la presencia de pueblos, así sea de cazadores – recolectores, como sí aparecen en el vecino valle de Santa María. Es posible que la región haya sido demasiado helada para el asentamiento humano. Tal vez, prefirieron venir a cazar nomás al cerro Muñoz o a las Cumbres Calchaquíes, y volverse luego, con la presa, a regiones algo más templadas. En el cerro Muñoz y en el Infiernillo suelen encontrarse puntas de proyectil que, posiblemente, sean el producto de éste tipo de actividades. Otra evidencia factible de ellas serían los grabados rupestres hallados hace poco tiempo atrás en la zona del Negrito, en la Quebrada del Barón. El tipo y la disposición de los motivos sugieren que se trataría de manifestaciones de cazadores – recolectores, que aún no practican el pastoreo de llamas.

Hacia el 1.000 de la era Cristiana hay una etapa de gran aridez, y hacia el 1.300 se registra algo así como una pequeña edad de hielo. El clima actual es relativamente reciente, retrotrayéndose a unas pocas centurias.

Todos estos cambios implicaron enormes desafíos para la población asentada en el Valle. Así, tuvieron que ingeniárselas para regar artificialmente sus cultivos, para protegerlos de las heladas; así como, también, atender y abrigar a los “tequécitos”, como se suele denominar a la cría de la llama; e, igualmente, a preparar bien sus casas para estar protegidos de las inclemencias del tiempo.

La cosa es que, a pesar de todo, este valle ofrecía, tal como lo hace en la actualidad, condiciones muy favorables para el asentamiento humano desde al menos unos 2.500 años atrás.

Y, otro punto que hay que remarcar, es que, además, constituía un punto geopolítico y económicamente muy importante. Su ubicación es estratégica. Está en el medio, es decir en el camino, entre la zona llana, cálida y húmeda del Este y las regiones más áridas y templadas del Oeste. Ello le otorga, en cierto modo, un carácter de ecotono, con una mayor disponibilidad de recursos, accesibles en relativamente cortas distancias.

Pero, a medida que las sociedades fueron más complejas, esta accesibilidad se tornó un aspecto estratégico a tener en cuenta. Ya antes de cumplirse el primer milenio de la era cristiana, por ejemplo, había un fuerte control de este tipo de regiones por parte de las sociedades complejas del Oeste, para acceder y distribuir el cebil, fruto del árbol homónimo que crece en la selva tucumana y que tiene propiedades alucinógenas, muy importantes en la realización de las ceremonias religiosas de casi todos los pueblos andinos.

Vemos, entonces, que Tafí está lejos de haber sido un área marginal o subsidiaria de otros centros políticos y administrativos, como lo es hoy en día.

Hace unos 2.000 años atrás se instalaron en el valle familias de agricultores y pastores de llama. Su modo de vida era muy parecido al de los campesinos que viven en la campiña, con sus cultivos y un espacio para la cría de ganado. Por el otro lado eran gestores de un culto de origen andino, que aparentemente tuvo su centro ceremonial en este Valle, en la zona de Casas Viejas. Su manifestación más clara está dada por un montículo (de tierra y piedras), que aún hoy se observa en esta localidad, y que presenta evidencias de ritos y ceremonias. Alrededor de ese montículo se hallaba un número importante de “menhires”, esos grandes monolitos que han hecho famosos al Valle.

Algunos investigadores consideran que durante varios decenios, y quizás centurias, el valle ha funcionado como un Polo de Actividad Religiosa extensivo a los valles occidentales. Testimonio de esta relevancia regional y de su complejo mundo espiritual son las bellas piezas labradas en piedra y las decenas de menhires existentes. La arqueología pudo demostrar que no es necesario apelar a orígenes

“celestiales” de los mismos, dignos de la revista Más Allá. Los labraron los ancestros de la gente que ocupaba el valle en la época de la expansión imperial inca!

Decíamos que estos pueblos tenían un modo de vida rural. Ellos habitaban en viviendas de forma circular construidas en piedra, con techo cónico de madera, paja y barro. Estos recintos funcionaban como dormitorios, cocinas o despensas; rodeaban una especie de patio, también circular, en donde se realizaban las actividades cotidianas, como trabajar el cuero, elaborar tejidos o cocinar cuando el tiempo estaba lindo.

Cada familia contaba con una de esas unidades de vivienda, sus campos para el cultivo de maíz, poroto, papa y zapallo o la quinoa, además de las pasturas para alimentar sus llamas. También solían trasladarse a zonas más distantes para acceder a recursos que no se encontraban en las inmediaciones como, por ejemplo, la sal, arcillas, maderas, caña o el cebil. Aunque no hay sitios arqueológicos específicos que den cuenta de estas actividades, se hallaron restos que las denotan en las excavaciones realizadas en las unidades domésticas referidas.

Unas centurias más tarde, hacia el 500 d. C., las investigaciones arqueológicas dan cuenta de la existencia de una creciente complejidad de estas sociedades. Se nota un aumento de la población; las viviendas se nuclean, conformándose aldeas. Es el caso, por ejemplo, de los restos que se encuentran en La Bolsa, Carapunco.

A su vez, se separan de los espacios de cultivo, localizando a éstos en las mejores tierras. La producción agrícola es perfeccionada con técnicas de sostenimiento de suelos y complejos sistemas de irrigación, que todavía pueden observarse en algunos sectores de El Mollar, por ejemplo. El manejo ganadero se realiza, en ésta época, en forma comunal, construyéndose grandes corrales destinados a la esquila.

Otro aspecto que se modifica es el de la funebria; es decir, la forma de tratar a los muertos de la familia. Anteriormente, ellos eran enterrados en cistas de piedra que solían hallarse en los patios de la vivienda familiar. En esta nueva etapa es más frecuente hallar estos enterratorios fuera de las unidades de vivienda, constituyendo algo así como pequeños cementerios.

De una organización social de carácter familiar – rural pasamos, entonces, a una estructura de tipo aldeana con una mayor planificación en el uso del espacio y de los recursos.

Los arqueólogos han denominado estas dos etapas del pasado vallisto con el nombre de “cultura Tafi 1 y 2” respectivamente. Es decir, queda clara la continuidad entre ambas. Se trataría del desarrollo social y cultural de un mismo grupo étnico.

En el Museo Jesuítico de La Banda, en las salas sobre arqueología, se pueden observar piezas alfareras que corresponden a esta cultura Tafi. Así mismo se

puede apreciar la réplica de un enterratorio, que reproduce los rasgos descubiertos en las excavaciones arqueológicas.

A parte de la destreza en el trabajo de la piedra, manifiesta en los menhires y las distintas esculturas que se encontraron, también se le atribuye a esta cultura prácticas metalúrgicas. Se usó particularmente el cobre: hay pulseras, pequeños cinceles, agujas, etc.

Hay algo notable en el uso de los metales en las culturas andinas: aún cuando alcanzaron un mayor desarrollo, logrando la producción del bronce y siendo muy diestros en la confección de piezas de oro y plata, su trabajo no se destinaba a la elaboración de "herramientas". A diferencia de las culturas del Viejo Mundo, en América la metalurgia se destinó a la producción de adornos y piezas de alto contenido simbólico, no para hachas, martillos o clavos. Es por ello que, junto a los hermosos tejidos elaborados en los Andes, la metalurgia tenía un valor muy especial. El orfebre era una persona de mucho prestigio, muy buscado.

Después del 800 d.C., coincidiendo en cierto modo con ese período de gran aridez que referimos más arriba, hay muy pocos vestigios arqueológicos en el Valle. La información es confusa. Son casi 400 a 500 años de un aparente "silencio arqueológico". De hecho, es posible que se trate de un problema de la arqueología.

En este período, en regiones más o menos vecinas como el valle de Hualfín o, más al norte en Cafayate y al oeste, hasta las cumbres cordilleranas, se distingue la presencia de una alfarería muy bella, cuidadosamente trabajada con grabados o pintura con representaciones que focalizan en una figura felínica (una especie de jaguar, que aquí aún se le sigue llamando "uturunco") y ciertos personajes humanos que, por la forma de su representación, serían sacerdotes y guerreros. Se la conoce con el nombre de "Aguada" y sería diagnóstica de la expansión de nuevas ideas y creencias en el mundo andino meridional, además de un desarrollo en la tecnología de las sociedades prehispánicas.

Este tipo de alfarería casi no ha sido hallada en el Valle de Tafí. Ello ha dado lugar a que se considere que, posiblemente, en esta etapa la región se pueda haber desocupado. Sin embargo, ello no es del todo coherente: esta región es siempre más húmeda que el valle de Santa María y las regiones del centro catamarqueño. Es decir, que el clima no habría sido un condicionante. Es más factible que, cuando avancen nuestras investigaciones, se pueda ver que, posiblemente, el Valle siguió siendo ocupado; quizás con menos gente, pero continuando su desarrollo de acuerdo a su estilo tradicional "Tafí". Recientes hallazgos realizados por arqueólogos en Casas Viejas parecen apoyar este tipo de hipótesis.

Alrededor del siglo XIII o XIV la población de Tafí parece intensificar sus relaciones con los pueblos de los valles semiáridos occidentales.

En las zonas de La Costa, Los Cuartos, la villa de Tafí, El Rodeo, La Ovejería y El Mollar aparecen restos de una alfarería muy típica, pintadas con tonos morados y negros sobre un fondo de color crema o, mayormente solo el negro sobre un baño crema. Presenta motivos zoomorfos (sapos, suris o serpientes), antropomorfos (con representación de guerreros y sacerdotes) y también una diversidad de motivos geométricos. Se presentan como vasijas altas de cuello destacado por un labio bastante amplio. Son las urnas funerarias conocidas arqueológicamente como “urnas santamarianas” y caracterizan a la “cultura santamariana” de los Valles Calchaquíes.

Ésta era una sociedad muy compleja, casi un Estado, que desarrolló verdaderos núcleos urbanos y una economía apoyada en la agricultura intensiva y en la explotación complementaria de espacios con diferentes recursos. Eran grupos sumamente belicosos; es que ahora sí la población había crecido tanto, que había que defender los espacios y los intereses... Todo esto se desarrollaba en los valles occidentales como el de Santa María.

En el valle de Tafí hemos encontrado, además de su alfarería, algunos restos de sus viviendas; desde ya, bastante más difíciles de detectar que los clásicos “corralitos” que representan a la cultura Tafí. Parecen haber sido construidas básicamente con tierra (barro), razón por la cual se han destruido con mayor facilidad y aparecen disimuladas en el relieve del Valle ². Se asocian a otras estructuras en piedra, mayormente circulares, aunque también cuadrangulares. El problema es que, las primeras siempre fueron asignadas a la temprana cultura Tafí y las segundas, a corrales sin definición temporal segura. De esta forma, no llamó la atención la presencia de lo que posiblemente sean manifestaciones de la ocupación humana del segundo milenio.

La cantidad de restos de aquellas viviendas que venimos encontrando, además de las formas de su distribución, coherente con la cantidad de hallazgos de su alfarería más típica, nos obligan a replantear esta etapa de la historia vallista; **poco coincide con esos 500 o 400 años de supuesta desocupación del Valle.**

Algunos arqueólogos, ante la presencia de estos materiales sugirieron que el pueblo santamariano usó tempranamente este valle como un paso desde el piedemonte hacia los valles occidentales ³. Otra vez un “paso”, aunque ahora en sentido contrario. Otros, plantearon que seguramente los beneficios ambientales habrían sido aprovechados por grupos de los valles occidentales, que se dispersarían y tomarían bajo control zonas muy diversas desde el punto de vista ecológico ⁴.

La investigación está recién en su fase inicial. Nosotros nos preguntamos, por ejemplo, ¿qué pasaría con los pobladores locales? ¿Habrían aceptado tan pacíficamente que gente de otra parte venga y se instale un tiempo para cultivar o

² Al respecto trabajó López (1997 y 2000)

³ Me refiero a Tartusi y Núñez Regueiro (1993)

⁴ Ver Tarragó (1974)

dejar apacentar sus animales? O tal vez, no habría nadie aquí, razón por la cual a los otros les fue más fácil.

En este caso nos estaríamos acercando a algunas de las propuestas esbozadas al principio de este trabajo: no hay nativos de este Valle. La gente que usaba las urnas santamarianas posiblemente levantó algunas viviendas en el Valle, que usaba temporalmente en la temporada más propicia; igual que los veraneantes actuales... Cuando vinieron los españoles ellos no estaban, nadie estaba habitándolo.

Pero, nuevamente, hoy hemos podido registrar una cantidad tan importante de esas viviendas, se ha podido detectar el hallazgo de tal cantidad de alfarería santamariana y, además, de un creciente número de cementerios santamarianos, que tendemos a buscar otras respuestas. De hecho, la presencia de varios cementerios en distintas localidades del Valle parecería denotar una estadia muy importante en la zona, ya que allí estoy dejando mis muertos ⁵.

Un elemento crítico para evaluar esta etapa de “silencio arqueológico”, es la asociación de todos esos restos con elementos diagnósticos de otros grupos socio-culturales muy tardíos de los valles occidentales. Me refiero a restos alfareros Belén y Famabalasto, al igual que, en algunos casos, de filiación incaica.

Por otro lado, es nuestras prospecciones estamos registrando una cantidad de asentamientos, ya construidos en piedra en lugares muy estratégicos como ser puntos altos de observación y control de pasos de montaña. En solo tres de los faldeos, cumbres y mesadas que venimos relevando, hemos descubierto alrededor de treinta sitios (Manasse, 2002). Algunos de ellos, realmente complejos. Uno solo de ellos está tan alterado que la cerámica aflora por doquier: es cerámica santamariana, Belén, Famabalasto e Inca.

Es decir, la ocupación del Valle en esta época no es pasajera ni responde a un lapso temporal muy corto. Se trata de una sociedad compleja, con una ocupación intensiva del mismo y que, ya en el siglo XV, integraría parte del imperio incaico debiendo, al menos, participar en el pago de los tributos. La forma de uso del espacio sugiere una función de fuerte connotación geopolítica: es un punto geográfico de la mayor relevancia para el control del acceso al piedemonte y la llanura, a los valles septentrionales y a los occidentales.

Las evidencias arqueológicas, así como algunos pocos datos obtenidos en los documentos coloniales permiten inferir un número de un número aproximado a las 6.000 a 7.000 personas habitando el valle, al menos durante el verano. Es poco menos que la población actual de Tafí.

^{IV} Aunque se trata de una apreciación desde nuestro marco cultural, no podemos dejar de abrir el juego a una propuesta como ésta.

Ahora, la pregunta es: ¿quiénes de toda esta gente, los santamarianos o los de los otros valles occidentales, los que quizás eran descendientes de los de la cultura Tafi o nueva gente impuesta por los incas, o todos ellos mezclados o ninguno de ellos, son los que van a ser encomendados con el nombre de *tafies*?

Queda en claro que el Valle ha sido habitado hasta el mismo momento de la conquista, ya que la expansión inca es poco anterior; también, que no se trata de unas pocas personas; podemos imaginar una densidad poblacional semejante a la actual.

Esa es la gente, a nuestro criterio, que fuera encomendada a partir de 1550.

¡Un siglo después, quedan menos de 150 personas! El Valle, sus tierras, sus riquezas no han corrido mejor suerte. El cambio de fauna, de las técnicas de cultivo, el sobrepastoreo para el engorde mular de los animales que serían utilizados para la explotación minera en Potosí, han provocado una marcada transformación ecológica.

La situación tiene una leve mejora en la época en que se asientan los jesuitas, pero con su expulsión, el valle es rematado entre la gente que gobernaba Tucumán. Se realiza una explotación ganadera extensiva, controlada por una escasa mano de obra que establece una relación pseudo-feudal con los propietarios de las tierras: trabajo a cambio de un lugar para vivir y poder tener unos animales y cultivos.

Aunque seguramente ya no se trataba de *tafies* o sus descendientes, eran pobladores de los valles, que por más de una centuria participan en la economía provincial y regional desde un espacio muy específico, caracterizado por su aislamiento en lo social, cultural, político y educativo. El contexto ha sido favorable para la construcción de historias, para la elaboración de discursos donde el protagonista siempre es el terrateniente o los integrantes de su familia (Zavalía Matienzo, 1982, por ejemplo). El sistema educativo, por otro lado, insistió, cuando procuraba educar, en que los niños debían dejar de ser “indios”; en que debían abandonar esas viejas costumbres, modismos y expresiones que los identificaba con tales. De hecho, la población local va a procurar, lentamente, ir separándose del estigma social que significa hallarse “collas”; de allí que su historia, la historia prehispánica del Valle, haya sido de escasa relevancia.

El Pasado Prehispánico: Un Nuevo Patrimonio Cultural Tafinista.

La historia propuesta desde los sectores hegemónicos, la que fuera construida para ser impartida en el ámbito educativo, poco ha tenido en cuenta el pasado prehispánico de las comunidades locales de la región. Su inicio coincide con la aparición de los españoles, con excepción de aquella remota época en que fueran plantados los mentados menhires. Éstos, en último término, darían cuenta de la existencia, muy lejana en el tiempo, de tiempos culturalmente grandiosos. Tiempos pasados, que ni siquiera recordarían aquellos indígenas de la época jesuita, de acuerdo a lo expuesto por el mismo Ambrosetti (1897).

Parte de nuestra investigación, iniciada hace poco menos de una década, se centró en la obtención de elementos que nos permitieran construir discursos alternativos, historias contadas desde otros ángulos, desde otros personajes. La que hemos expuesto arriba es una de ellas.

Ahora, la reciente inserción de Tafí del Valle en la industria del turismo ha ido generando un proceso diferente, que centra fuertemente su interés en los recursos culturales y, en particular, en los arqueológicos. Buena parte de la oferta de los circuitos turísticos involucra la visita a zonas de interés arqueológico; así, también, son elementos arqueológicos como los menhires, objetos centrales en la iconografía que identifica a la región.

Paralelamente, en los últimos años se ha despertado también en la comunidad local el interés por lo indígena, lo nativo. La factibilidad de un rédito económico bastante directo, observado en el manejo que las empresas turísticas están obteniendo en base a recursos hasta aquí despreciados por ella o, sencillamente desconocidos, es un factor de incentivo.

Los requerimientos de conocimientos arqueológicos sobre el pasado local son cada vez mayores. La atención se centra en cualquier referente posible de “lo nativo”, “lo aborigen”, aunque estas categorías son aún muy confusas⁶. Esta apropiación tácita de un patrimonio hasta hace poco negado y rechazado o, también, el fenómeno de adscripción voluntaria al mundo indígena americano (buscando conformar una Comunidad Indígena con personería jurídica que habilite para realizar todo tipo de gestiones) produce un importante reacomodamiento de las piezas de este “juego”. Creemos que es importante seguir trabajando sobre los discursos sobre el pasado prehispánico, pero, consideramos que cobra cada vez mayor relevancia la atención y gestión del patrimonio arqueológico tafinista, que hoy, como nunca antes, se constituye como un Recurso Cultural.-

⁶ Ver al respecto Manasse y Arenas 2001.

Agradecimientos:

La construcción de la versión de la historia expuesta en este trabajo nunca hubiera sido posible sin la permanente colaboración de los vallistos, en particular los adolescentes de la escuela secundaria donde trabajo. Así mismo, ha tenido un rol fundamental la antropóloga Patricia Arenas, quien trabaja en el Valle, desde adentro, hace muchos años, aportando experiencia y sabiduría. A todos ellos mi agradecimiento. A la Universidad de Catamarca que, a través de sus instituciones, favorece la implementación de trabajos científicos con un fuerte contenido humanitario. Mi trabajo no tendría sentido sin ustedes: Male y Lalo.

La responsabilidad de lo expuesto es tan solo mío.

Bibliografía.

- Ambrosetti, J.B.
1897 Los monumentos megalíticos del Valle de Tafí (Tucumán)
Boletín del Instituto Geográfico Argentino tomo XVIII
- Arenas, P.
1997 Transferencia e integración de los conocimientos científicos al conocimiento local sobre el pasado del Valle de Tafí.
en Manasse, B. 1997 Primer Informe Rescate arqueológico en Los Cuartos, este de Tafí del Valle, provincia de Tucumán. SEDECyT .- UNCa.
- Barbieri De Santamarina
Antropogeografía del Valle de Tafí
Monografías del Instituto de Estudios Geográficos N°7 UNT.
- Bixio, B. y E. Berberían
1988 Modos de ocupación y explotación económica del Valle de Tafí en los siglos XVI y XVII.
En: *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí* . Berberían Ed.
Edit.Comechingonia. Córdoba.
- Borda, L.
1938 *Tucumán Indígena*. UNT Instituto de Historia, Lingüística y Folklore Vol. II
- López, M.
Informe sobre los trabajos realizados en una estructura de tipo cuadrangular deprimida durante la campaña realizada en el mes de agosto y septiembre de 1996. En: Manasse, B. Rescate arqueológico en Los Cuartos, este de Tafí del Valle, provincia de Tucumán. Primer Informe de Avance SEDECyT.- UNCa. MS 1997
- Lorandi, A.M.
Patrimonio, cultura nacional e ideología.
Jornadas –Taller “El uso del Pasado” La Plata
- Manasse, B.
1997 Consideraciones preliminares para un rescate arqueológico en el este de Tafí del Valle, provincia de Tucumán, República Argentina.
Cuadernos N° 9 Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales UNJu
2002 Arqueología en los faldeos suroccidentales de las Cumbres Calchaquíes. MS
- Manasse, B y P. Arenas
2001 Los Recursos Arqueológicos: Conflicto e Intereses. (Tafí del Valle, Provincia de Tucumán, República Argentina). 5to. Congreso Internacional. Patrimonio Cultural. Contexto y Conservación. La Habana, Cuba. En prensa.
- Santillán de Andrés y Ricci
1980 *Geografía de Tucumán* Ediciones U.N.T. Tucumán
- Tartusi, M. y V. Nuñez Regueiro
Los centros ceremoniales del NOA
Publicaciones N° 5 Serie: Ensayos y Crítica N° 1 Instituto de Arqueología UNT

- Tarragó, M. N.
Aspectos ecológicos y poblamiento prehispánico en el Valle Calchaquí, Provincia de Salta, Argentina.
Revista del Instituto de Antropología. Tomo V pp. 195 - 216. Córdoba
- Zavalía Matienzo, R.
Los Valles Calchaquíes. Historia del Valle de Tafí (y contribución para el estudio integral de la historia de la Provincia de Tucumán). Tucumán, Argentina